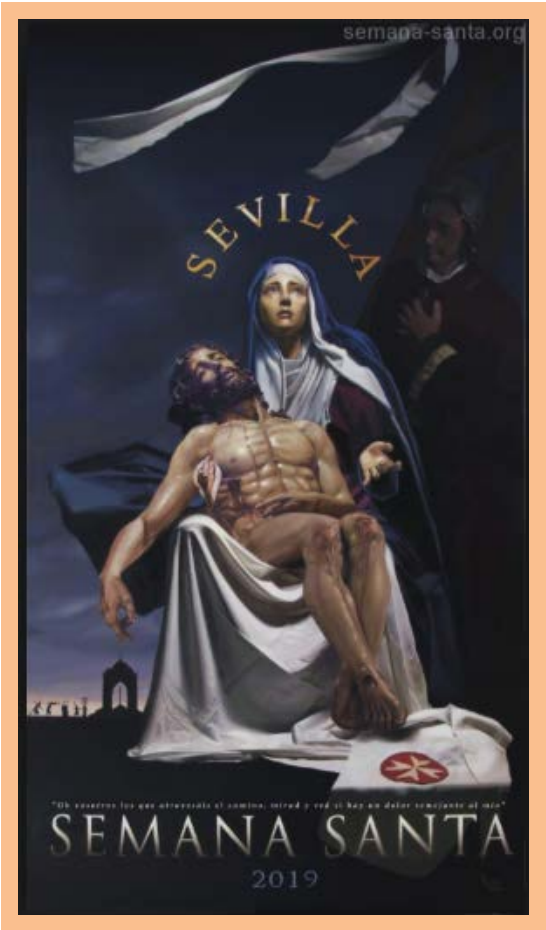
Delegación diocesana de Hermandades y Cofradías

ESTACIÓN de PENITENCIA

de las Hermandades y Cofradías en la

SANTA, METROPOLITANA y PATRIARCAL IGLESIA CATEDRAL



ESTACIÓN DE PENITENCIA en la CATEDRAL
PRIMERA PARTE

A la llegada de la Cruz de Guía a la Santa Metropolitana Patriarcal Iglesia Catedral, el lector dirá:

+ ***En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.***

Hace "Estación de Penitencia a la S.M.P.I.Catedral" la …

(Título completo de la Hermandad).

Continúa:

Todos, unidos en Hermandad, daremos público testimonio de nuestra fe en Jesucristo y de nuestra pertenencia a la Iglesia Católica. Como cada año, las hermandades y cofradías de la Archidiócesis de Sevilla se unen en oración al Padre con una intención común. En este año 2019, ofreceremos esta manifestación de fe:

Por la conversión pastoral y misionera de la Archidiócesis, y el crecimiento del compromiso evangelizador de las hermandades, siendo verdaderas escuelas de formación y de vida cristiana.

Sigue: “*Reconocemos nuestros pecados y pedimos perdón a Dios nuestro Padre”***.**

Yo confieso ante Dios Todopoderoso,
y ante vosotros hermanos,
que he pecado mucho de pensamiento,
palabra, obra y omisión.

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.

Por eso ruego a Santa María, siempre Virgen,
a los ángeles, a los santos y a vosotros hermanos,
que intercedáis por mí ante Dios, nuestro Señor.

SEGUNDA PARTE

A la llegada del Paso de Cristo o de Misterio, el lector hará la siguiente reflexión del:

Cada año, a través de la Madre Iglesia, Dios «concede a sus hijos anhelar, con el gozo de habernos purificado, la solemnidad de la Pascua, para que […] por la celebración de los misterios que nos dieron nueva vida, lleguemos a ser con plenitud hijos de Dios» De este modo podemos caminar, de Pascua en Pascua, hacia el cumplimiento de aquella salvación que ya hemos recibido gracias al misterio pascual de Cristo: «Pues hemos sido salvados en esperanza». Este misterio de salvación, que ya obra en nosotros durante la vida terrena, es un proceso dinámico que incluye también a la historia y a toda la creación. San Pablo llega a decir: «La creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios» Desde esta perspectiva querría sugerir algunos puntos de reflexión, que acompañen nuestro camino de conversión en la próxima Cuaresma.

1. La redención de la creación

La celebración del Triduo Pascual de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, culmen del año litúrgico, nos llama una y otra vez a vivir un itinerario de preparación,

conscientes de que ser conformes a Cristo es un don inestimable de la misericordia de Dios.

Si el hombre vive como hijo de Dios, si vive como persona redimida, que se deja llevar por el Espíritu Santo, y sabe reconocer y poner en práctica la ley de Dios, comenzando por la que está inscrita en su corazón y en la naturaleza, *beneficia también a la creación*, cooperando en su redención. Por esto, la creación desea ardientemente que se manifiesten los hijos de Dios, es decir, que cuantos gozan de la gracia del misterio pascual de Jesús disfruten plenamente de sus frutos, destinados a alcanzar su maduración completa en la redención del mismo cuerpo humano. Cuando la caridad de Cristo transfigura la vida de los santos, estos alaban a Dios y, con la oración, la contemplación y el arte hacen partícipes de ello también a las criaturas, como demuestra de forma admirable el "Cántico del hermano sol" de san Francisco de Asís. Sin embargo, en este mundo la armonía generada por la redención está amenazada, hoy y siempre, por la fuerza negativa del pecado y de la muerte.

2. La fuerza destructiva del pecado

Efectivamente, cuando no vivimos como hijos de Dios, a menudo tenemos comportamientos destructivos hacia el prójimo y las demás criaturas —y también hacia nosotros mismos—, al considerar, más o menos conscientemente, que podemos usarlos como nos plazca. Entonces, domina la intemperancia y eso lleva a un estilo de vida que viola los límites que nuestra condición humana y la naturaleza nos piden respetar, y se siguen los deseos incontrolados que en el libro de la Sabiduría se atribuyen a los impíos, o sea a quienes no tienen a Dios como punto de referencia de sus acciones, ni una esperanza para el futuro. Si no anhelamos continuamente la Pascua, si no vivimos en el horizonte de la

Resurrección, está claro que la lógica del *todo y ya*, del *tener cada vez más* acaba por imponerse.

Como sabemos, la causa de todo mal es el pecado, que desde su aparición entre los hombres interrumpió la comunión con Dios, con los demás y con la creación, a la cual estamos vinculados ante todo mediante nuestro cuerpo. El hecho de que se haya roto la comunión con Dios, también ha dañado la relación armoniosa de los seres humanos con el ambiente en el que están llamados a vivir, de manera que el jardín se ha transformado en un desierto. Se trata del pecado que lleva al hombre a considerarse el dios de la creación, a sentirse su dueño absoluto y a no usarla para el fin deseado por el Creador, sino para su propio interés, en detrimento de las criaturas y de los demás.

Cuando se abandona la ley de Dios, la ley del amor, acaba triunfando la ley del más fuerte sobre el más débil. El pecado que anida en el corazón del hombre lleva a la explotación de la creación, de las personas y del medio ambiente, según la codicia insaciable que considera todo deseo como un derecho y que antes o después acabará por destruir incluso a quien vive bajo su dominio.

3. La fuerza regeneradora del arrepentimiento y del perdón

Por esto, la creación tiene la irrefrenable necesidad de que se manifiesten los hijos de Dios, aquellos que se han convertido en una "nueva creación": «Si alguno está en Cristo, es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo». En efecto, manifestándose, también *la creación puede "celebrar la Pascua"*: abrirse a los cielos nuevos y a la tierra nueva. Y el camino hacia la Pascua nos llama precisamente a restaurar nuestro rostro y nuestro corazón de cristianos, mediante el arrepentimiento, la conversión y el perdón, para poder vivir toda la riqueza de la gracia del misterio pascual.

Esta "impaciencia", esta expectación de la creación encontrará cumplimiento cuando se manifiesten los hijos de Dios, es decir cuando los cristianos y todos los hombres emprendan con decisión el "trabajo" que supone la conversión. Toda la creación está

llamada a salir, junto con nosotros, «de la esclavitud de la corrupción para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios». La Cuaresma es signo sacramental de esta conversión, es una llamada a los cristianos a encarnar más intensa y concretamente el misterio pascual en su vida personal, familiar y social, en particular, mediante el ayuno, la oración y la limosna.

Ayunar, o sea aprender a cambiar nuestra actitud con los demás y con las criaturas: de la tentación de "devorarlo" todo, para saciar nuestra avidez, a la capacidad de sufrir por amor, que puede colmar el vacío de nuestro corazón. *Orar* para saber renunciar a la idolatría y a la autosuficiencia de nuestro yo, y declararnos necesitados del Señor y de su misericordia. *Dar limosna* para salir de la necedad de vivir y acumularlo todo para nosotros mismos, creyendo que así nos aseguramos un futuro que no nos pertenece. Y volver a encontrar así la alegría del proyecto que Dios ha puesto en la creación y en nuestro corazón, es decir amarle, amar a nuestros hermanos y al mundo entero, y encontrar en este amor la verdadera felicidad.

Queridos hermanos y hermanas, la "Cuaresma" del Hijo de Dios fue un entrar en el desierto de la creación para hacer que volviese a ser aquel jardín de la comunión con Dios que era antes del pecado original. Que nuestra Cuaresma suponga recorrer ese mismo camino, para llevar también la esperanza de Cristo a la creación, que «será liberada de la esclavitud de la corrupción para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios». No dejemos transcurrir en vano este tiempo favorable.

Sigamos haciendo una reflexión:

DE LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA POST-SINODAL ***CHRISTIFIDELES LAICI*** DE **SAN JUAN PABLO II** SOBRE VOCACIÓN Y MISIÓN DE LOS LAICOS EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

"La voz del Señor resuena ciertamente en lo más íntimo del ser mismo de cada cristiano que, mediante la fe y los sacramentos de la iniciación cristiana, ha sido configurado con Cristo, ha sido injertado como miembro vivo en la Iglesia y es sujeto activo de su misión de salvación. Pero la voz del Señor también pasa a través de las vicisitudes históricas de la Iglesia y de la humanidad, como nos lo recuerda el Concilio: «El Pueblo de Dios, movido por la fe que le impulsa a creer que quien le conduce es el Espíritu del Señor que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o del designio de Dios. En efecto, la fe todo lo ilumina con nueva luz, y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre. Por ello orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas».

Es necesario entonces mirar cara a cara este mundo nuestro con sus valores y problemas, sus inquietudes y esperanzas, sus conquistas y derrotas: un mundo cuyas situaciones económicas, sociales, políticas y culturales presentan problemas y dificultades más graves respecto a aquél que describía el Concilio en la Constitución pastoral "Gaudium et spes". De todas formas, es ésta la viña, y es éste el campo en que los fieles laicos están llamados a vivir su misión. Jesús les quiere, como a todos sus discípulos, sal de la tierra y luz del mundo

¿Cómo no hemos de pensar en la persistente difusión de la indiferencia religiosa y del ateísmo en sus más

diversas formas, particularmente en aquella del secularismo? Embriagado por las prodigiosas conquistas de un irrefrenable desarrollo científicotécnico, y fascinado sobre todo por la más antigua y siempre nueva tentación de querer llegar a ser como Dios mediante el uso de una libertad sin límites, el hombre arranca las raíces religiosas que están en su corazón: se olvida de Dios, lo considera sin significado para su propia existencia, lo rechaza poniéndose a adorar los más diversos «ídolos».

Es verdaderamente grave el fenómeno actual del secularismo; y no sólo afecta a los individuos, sino que en cierto modo afecta también a comunidades enteras, como ya observó el Concilio: «Crecientes multitudes se alejan prácticamente de la religión». Varias veces yo mismo he recordado el fenómeno de la descristianización que aflige los pueblos de antigua tradición cristiana y que reclama, sin dilación alguna, una nueva evangelización.

Y sin embargo la aspiración y la necesidad de lo religioso no pueden ser suprimidos totalmente. La conciencia de cada hombre, cuando tiene el coraje de afrontar los interrogantes más graves de la existencia humana, y en particular el del sentido de la vida, del sufrimiento y de la muerte, no puede dejar de hacer propia aquella palabra de verdad proclamada a voces por San Agustín:
«Nos has hecho, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que no descansa en Ti». Así también, el mundo actual testifica, siempre de manera más amplia y viva, la apertura a una visión espiritual y trascendente de la vida, el despertar de una búsqueda religiosa, el retorno al sentido de lo sacro y a la oración, la voluntad de ser libres en el invocar el Nombre del Señor.

Nos unimos a la Fundación Pontificia Ayuda a la Iglesia Necesitada con la siguiente oración por los cristianos perseguidos

Dios nuestro,

que en tu misteriosa Providencia

has querido asociar tu Iglesia

a los sufrimientos de tu Hijo,

concede a los fieles

que sufren persecución

a causa de tu Nombre,

el don de la paciencia y de la caridad,

para que puedan dar testimonio fiel

y creíble de tus promesas.

Por nuestro Señor Jesucristo.
Amén

Todo esto lo ponemos en manos de nuestro buen Padre Dios rezando como Cristo nos enseñó:

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre,
venga a nosotros tu reino,
hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día,
perdona nuestras ofensas
como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden,
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal. Amén".

"Pidamos a Dios -escribe el Santo Padre- que nos ayude a emprender un camino de verdadera conversión. Abandonemos el egoísmo, la mirada fija en nosotros mismos, y dirijámonos a la Pascua de Jesús; hagámonos prójimos de nuestros hermanos y hermanas que pasan dificultades, compartiendo con ellos nuestros bienes espirituales y materiales. Así, acogiendo en lo concreto de nuestra vida la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte, atraeremos su fuerza transformadora también sobre la creación".

TERCERA PARTE

Cuando vemos llegar el Paso de la Virgen a la Santa Metropolitana Patriarcal Iglesia Catedral, rezamos todos juntos:

Bajo tu protección nos acogemos,

Santa Madre de Dios;

no deseches las súplicas

que te dirigimos en nuestras necesidades;

antes bien, líbranos siempre de todo peligro,

oh Virgen gloriosa y bendita.

Las Orientaciones pastorales diocesanas, promulgadas por nuestro Arzobispo, proponen como objetivo para este año: "***Desarrollar la Iniciación Cristiana y primar una catequesis kerigmática y mistagógica***". Pidamos a la Santísima Virgen su intercesión para que nuestra hermandad sea verdaderamente evangelizadora, y hablemos de Dios y de Jesucristo de forma nueva, interpelante y enardecedora, de modo que las personas se sientan conmovidas y afectadas en su corazón y en su vida.

OREMOS A MARIA CON PALABRAS DE SAN PABLO VI

Santa María,
Admiración y gozo de los ángeles,
Obra maestra de Dios,
Dulce Madre de la humanidad redimida,
Hija excepcional de la humanidad,
Eterno femenino en su cumbre,
Figura de dulzura y de belleza,
Flor de la humanidad redimida,
La más bella figura de mujer,
Síntesis de toda la humanidad redimida,
Espejo de la luz divina,
Espejo ideal de belleza y de bondad,
Vértice y figura de la Iglesia,
Rostro lleno de gracia, ruega por nosotros.
A tu Corazón Inmaculado
encomendamos el género humano.
Condúcelo al conocimiento
del único y verdadero Salvador, Cristo Jesús.
Concede a todo el mundo la paz en la verdad,
en la justicia, en la libertad y en el amor.
Haz que toda la Iglesia
pueda elevar al Dios de las misericordias
un majestuoso himno
de alabanza y agradecimiento,
pues grandes cosas obró el Señor en ti,
clemente, piadosa, dulce Virgen María.

ORACIÓN FINAL

Señor y Dios nuestro, rico en misericordia y fuente de todo consuelo, hemos acompañado a tu Hijo por el camino de la cruz; hemos revivido con Él los momentos de su Pasión.

Concédenos la gracia de que esta Estación de Penitencia nos ayude a identificarnos con Cristo y a ser corredentores con Él, a semejanza de la Santísima Virgen María. También te pedimos que siguiendo los pasos de Cristo, resucitemos en Él.

Por Jesucristo, nuestro Señor. **AMÉN**

Marcelino Manzano Vilches, pbro.
Delegado diocesano de Hermandades y Cofradías
Semana Santa, 2019